

LUNA DE MIEL EN MESOPOTAMIA

Pablo Galindo Arlés, 1 de diciembre de 2014

En el antiguo Oriente la mujer estéril era un problema para todos los patriarcas cuya vocación consistía en tener una enorme prole y dar así con ello trabajo bastante a los astrónomos contando las infinitas estrellas del cielo. Tal es la razón por la cual se inventa el “método Abraham” para aumentar la tribu en algunos días y sus correspondientes noches. Una esclava de buen ver, y mejor palpar, resolvía con su naturaleza el entuerto que la misma naturaleza había originado con su mala programación. Pero dicha resolución del asunto espinoso no podía considerarse como definitiva. La poligamia - tres son ya multitud- es una medida o disposición provisional en las culturas avanzadas. Y si además anda por en medio la necesidad de tener descendientes, sobre todo varones, la cuestión se complica. La mujer legítima que no puede parir pone siempre a parir a la mujer que hace lo que ella no es capaz de hacer. En definitiva, matrimonio monógamo: lo que el hombre ha unido no lo separe ninguna vecina o vecino.

Así tuvo que pasar también, sobre todo entre los pobres, en tiempos de la castaña mesopotámica. Permanencia, pues. Ahora bien, en lugar de llamar al fotógrafo para inmortalizar la unión, como se haría en nuestros tiempos, el marido y la mujer de antaño contrataban a un escultor, un alfarero. Escultor, los ricos; alfarero, el pueblo llano. En cierto museo se conserva la estatuilla de una pareja de recién casados en luna de miel por la gran ciudad. El hombre barbudo, entrado en años, tiene un aire de solterón palurdo. Con una mano en el hombro de la esposa, y la otra esposando a la muñeca, atenaza a la sumeria Maritornes. Ambos babilonios tienen mirada bobalicona, ojos de pasmarote alucinados como si hubiesen consumido alguna droga afrodisíaca.

Pues bien: ¿no parece acaso que los tortolitos estén pidiéndote a ti, amigo lector, que les hagas, por favor, una instantánea y “muchas gracias-no-hay-de-qué”? Probablemente esa figurilla nupcial adornaba hace muchísimos divorcios y muchísimas bodas el salón de una casa de Mesopotamia. ¡Ah, l'amour...! Y luego dirán los negadores del romanticismo que se trataba sólo del matrimonio de un rey y de una sacerdotisa...

